

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

# crear

## LA MANZANA

Acabo de pasearme por una espléndida frutería, disfrutando del brillante colorido de una docena de variedades distintas de manzanas. Y he pensado que merecían una crónica, al estilo de aquellas inefables *lecciones de cosas* que por desgracia se han perdido. Las manzanas que vemos y comemos son el orondo punto de encuentro de la naturaleza, de la historia, de la leyenda. “Siempre eres nueva como nada o nadie, siempre recién caída del Paraíso, plena y pura mejilla arrebolada de la aurora”, dice

Pablo Neruda. Es una fruta plácida y hogareña, que se encuentra a gusto en los bodegones, por eso sorprende su presencia dramática en la historia. Adán y Eva fueron arrojados del paraíso –y nosotros con ellos– por haber comido una manzana. ¿Se puede pensar en un protagonismo más tremendo? Lo cierto es que en la Biblia no se dice que fuera una manzana la causa de nuestra perdición. Tan sólo se menciona que comieron el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. No sé por qué se representó como un manzano. Dicen que el primero que lo hizo fue Alberto Durerero. Además de la belleza de su forma, tal vez influyera en esa equivocación el peso de otra leyenda. La mitología griega cuenta que Eris –la Discordia, hija de la Noche– enfurecida por no haber sido invitada a la boda de Tetis y Peleo, arrojó sobre la mesa del banquete nupcial una manzana de oro con una inscripción: “Para la más bella”. Tres diosas desearon conseguirla y al

final Afrodita fue la triunfadora. La bondadosa manzana se había convertido en fuente de gresca y desdicha y esa triste leyenda la acompañó incluso hasta el cuento de Blancanieves, e incluso dio pie a que Bruno Bettelheim hiciera una interpretación psicoanalítica: la manzana es el pecho de la madre.

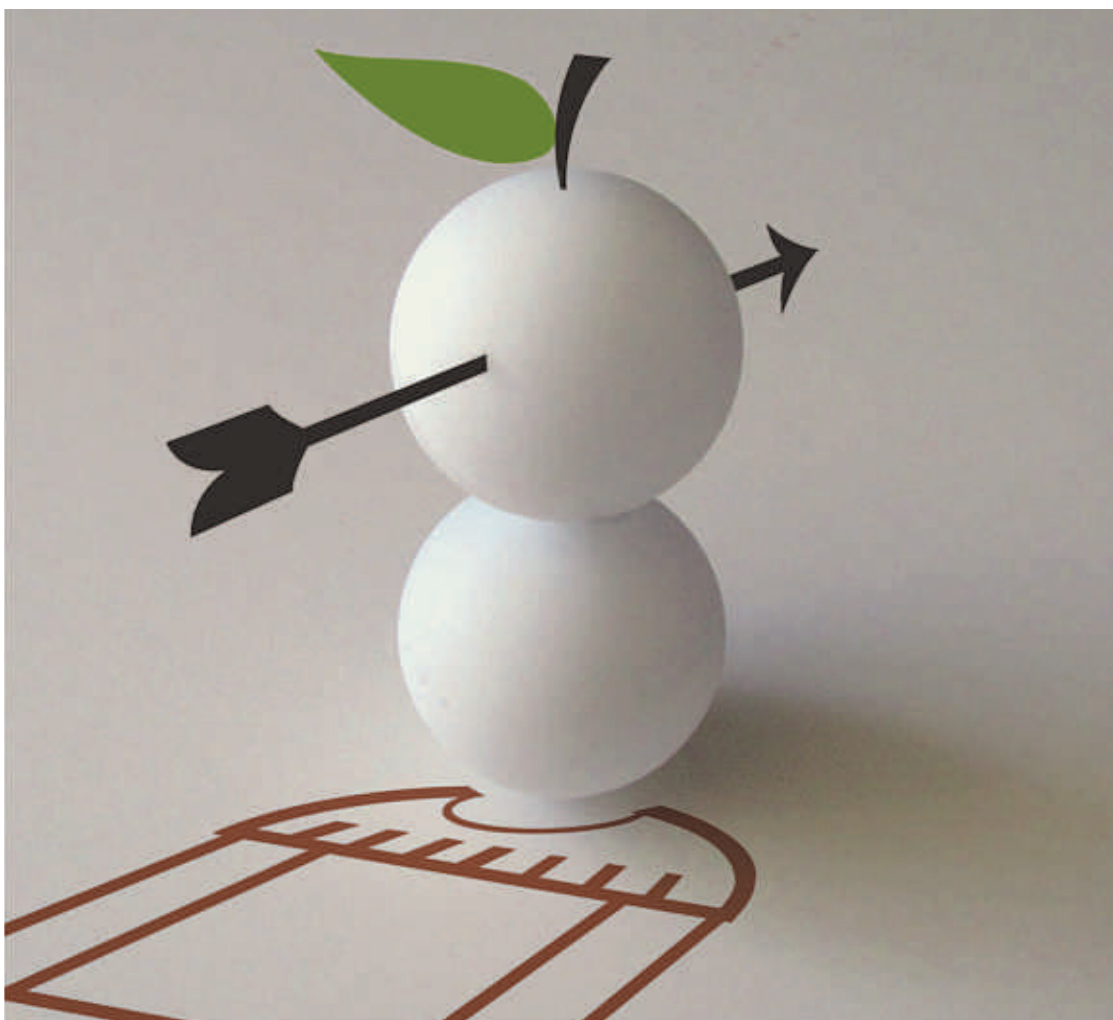
Es cierto que la manzana tiene también una leyenda amable. “Una manzana al día del médico te librará”, dice el refrán inglés (*an apple a day keeps the doctor away*). Pero es una idea reciente, que procede de una campaña de relaciones públicas emprendida por los cultivadores americanos para reivindicar la fruta, a la que la Unión de Mujeres por la Templanza Cristiana había declarado la gue-

**ESE FRUTO ES EL SÍMBOLO DEL PECADO, PERO TAMBIÉN DE AQUELLA DULZURA QUE BUSCAN TODAS LAS SOCIEDADES**

rra. Hasta entonces, los frecuentes elogios a la manzana estaban causados por los efectos de la sidra que derivaba de ella, y que fue la bebida alcohólica más extendida entre los colonizadores de Norteamérica.

Michel Pollan, en un delicioso libro titulado *La botánica del deseo* (ed. Distrifer), supone que el éxito de la manzana, sobre todo en

América, donde ha llegado a ser la fruta nacional, constituye un capítulo importante de la historia cultural de la humanidad. La cultura no es más que el esfuerzo por satisfacer las necesidades y deseos de los seres humanos. ¿Y cuál era el afán que impulsó a convertir la manzana –una fruta poco agradable en su versión original– en esa brillante explosión de colores que acabo de ver en la frutería? Las 2.500 variedades de manzana, dice Pollan, responden al constante deseo humano de conseguir la dulzura. La verdad es que no había prestado atención a este profundo anhelo. Escribí sobre su contrario –el amargor– al estudiar el sentimiento de amargura. La búsqueda de la dulzura, tanto en el campo gustativo como en el sentimental, merece una apasionada historia, porque es cierto que todas las sociedades la han buscado. Jonathan Swift escribió: “las dos cosas más nobles del universo son la dulzura y la luz”, y Matthew Arnold dijo que la dulzura era el objetivo final de la civilización. En fin, la manzana da mucho que pensar. ■



Raúl